

Ver Valencia y morir

Cerca de Valencia, cerca de la costa,

viven muchas gambitas y una langosta.

También hay muchos peces.

Los pescadores a veces,

cuando beben mucho ron,

atrapan un boquerón.

Y ahora mirad qué pasó

en este interesante caso:

Atraparon a dos doradas

que estaban enamoradas...

Como probablemente ya sabéis, érase una vez, no hace tanto tiempo, un par de doradas viviendo en aguas poco profundas, a tiro de piedra de una ciudad antigua y llena de gente: Valencia. El macho se llamaba Pep Fuster y la hembra Amparo Sanchis. Todavía no habían tenido hijos ni boda. Eran jóvenes. Sin los grilletes de las arrugas y el ancla del cansancio de los días grises de la vida monótona repetidos cien veces. Nadaban libremente por las corrientes. Eran los mejores momentos de sus vidas. Se arremolinaban en un salvaje baile de aletas entre los rayos de la luz solar, que penetraban como flechas en la superficie del mar y lentamente se derramaban sobre el agua. Cada día era único. Todo era hermoso y especial. Todo estaba lleno de colores y sonrisas despreocupadas. Todo el universo estaba por descubrir. Todo el océano, por gozar. Y ellos se tenían para amarse.

Pero no duró mucho tiempo. Transcurría la mañana de un día caluroso. Nadaban en las olas marinas. No oyeron el ruido del motor de un barco. No tenían ni idea de la red que estaba a punto de romper la paz del amanecer. En vez de la luz, cuerdas oscuras rasgaron las aguas. Una media hora más tarde ya los habían puesto en una pila de hielo con otras doradas. Había allí otros peces y mariscos. Fueron a un puesto de venta del Mercado Central. Si no hubieran estado en la situación en que estaban, seguro que les habría gustado la vista de aquel edificio tan espectacular, un monumento del modernismo valenciano de principios del siglo XX. Sin embargo, en aquellos momentos estaban preocupados por la gente que se agitaba alegremente a su alrededor. Antes, cuando los pescadores estaban matando a los peces, Amparo y Pep se habían fingido muertos para escapar al cuchillo. Pero ese no fue el final de los espantos. Ahora tenían miedo de algo aún más peligroso: la compra. Una señorita delgada de rostro joven y pelo rubio llegó y eligió un pescado. Era Amparo. No quería que le sacaran las entrañas. Esto salvó su vida. ¡Qué dolor para los dos! La cara de Pep desapareció de la vista de Amparo y las últimas palabras que él dijo se mezclaron con

el murmullo que los envolvía: „Te amo“. Era tan cruel para la pobre dorada ver cómo se alejaba su novia en una bolsa llena de verdura. Y unos momentos después lo compraron también a él. Maldijo su amargo destino. Ya no le importaba la imagen de su muerte. Ya no rezaba por el regreso al mar, sólo deseaba ver otra vez a su amor. A él lo había comprado una pareja de viejecitos. Tampoco lo trincharon. Charlando animadamente salieron de allí.

La señorita se dirigió a la Plaza Redonda. Después de unos cinco minutos de camino estaba frente a aquellas paredes circulares. El sol se derramaba sobre sus cabellos. Su novio salió corriendo de una de las cafeterías locales. Se besaron y juntos fueron a la Plaza de la Reina. Paseando, cruzaron tranquilamente la plaza, y cuando estuvieron bajo la fresca sombra de la majestuosa Catedral de Valencia, decidieron subir al Micalet, la imponente torre que tiene la ciudad a sus pies desde hace casi seiscientos años y atrae las miradas de todos los visitantes de la zona y sus alrededores. Desde este campanario se divisa hasta muy lejos: el centro histórico, la ciudad moderna y, allá en el horizonte, la Ciudad de las Artes y las Ciencias, que se recorta contra el cielo, con el mar al fondo, azotando el puerto con sus grandes olas cubiertas de espuma. Desde allí se ve que Valencia es una ciudad de muchas caras.

Después emprendieron el camino a casa. En la bolsa Amparo sentía el *genius loci* de las anchas calles de la Valencia histórica. Del laberinto de callejones de la ciudad emergió el bellissimo y fastuoso Palacio de Benicarló (que perteneció a los Borja). Su apartamento ya estaba cerca.

Mientras tanto la pareja de jubilados salió del Mercado Central y pasó por la iglesia de los Santos Juanes, una de las parroquias más emblemáticas de la ciudad de Valencia, y por la Lonja de la Seda, una auténtica joya edificada y decorada en el gótico de Valencia, que a finales de la Edad Media era un importantísimo enclave comercial. Disfrutando de la brisa, se pasearon por el Mercado de Colón. Tardaron escasamente un cuarto de hora. Antes, más o menos a mitad camino, habían admirado el Teatro Principal de Valencia. El Mercado de Colón, construido en estilo modernista valenciano en mil novecientos dieciséis, ardía de colores. Hombres y mujeres recolectando uvas reían en los mosaicos de la fachada, transmitiendo la impresión del bullicio del mercado y de los buenos negocios. Compraron algo más que todavía necesitaban y, cuando lo tuvieron todo, se marcharon. Vivían en una casa bastante grande, cerca del Convento de Santo Domingo, impresionante estructura por fuera, jardín de paz y espiritualidad por dentro. Tan pronto como llegaron a casa se pusieron a preparar el almuerzo.

Sonó la campanilla de la puerta. Abrió una mujer mayor. Dejó entrar a su hija y a su novio. „Estoy muy feliz de que estéis aquí. Tenemos una dorada, y luego el postre que os he preparado: arroz con leche.“ „Gracias por invitarnos, mamá. Yo también he cocinado algo... Y es también una dorada. ¡Qué coincidencia!“ La mujer, su marido, su hija y su novio se sentaron a comer. Las dos doradas asadas sonreían. „Amor mío, qué feliz estoy.“ „Yo también.“ „Estaremos juntos para siempre.“ „Sí, cariño“.

Fin